

Otros trabajos

**Discurso y constitución de lo social:
El enfoque lingüístico de Laclau**

René Antonio Mayorga

Entre la idea y la realidad, entre
la intención y el acto cae la som-
bra. (T.S. Eliot, *The hollow men*.)

DE ACUERDO CON UN FAMOSO dicho de Epicteto, no son los actos los que estremecen a la humanidad, sino más bien las palabras que los describen. La tensión entre realidad y lenguaje que este dicho evoca, pertenece a una larga tradición de reflexión sobre la compleja relación entre el mundo y el lenguaje, entre la sociedad y sus conceptos. Epicteto nos coloca en una pista que invita a desconfiar de las palabras, a contemplar la heterogeneidad entre el mundo y el lenguaje y a considerar la fuerza de distorsión e ilusión que posee el lenguaje. Estas notas críticas tienen el propósito de analizar el enfoque discursivo expuesto por Laclau en diversos artículos,¹ enfoque que conlleva un conjunto de supues-

¹ Tomamos como base recientes trabajos, algunos aún inéditos, como los siguientes:

Ruptura popular y discurso, Comunicación presentada al Coloquio sobre "Texte et Institution" en el Département d'Études Littéraires et Département de Philosophie, Université du Québec à Montreal, octubre de 1979.

La política como construcción de lo impensable, Comunicación presentada en el Coloquio sobre "Materialités discursives", Université de Paris, Nanterre, abril de 1980.

Tesis acerca de la forma hegemónica de la política, Ponencia presentada en el seminario sobre "Alternativas políticas y hegemonía en América Latina" organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Morelia, Mich., abril de 1980.

Discurso, hegemonía y política. Consideraciones sobre la crisis del marxismo, Ponencia presentada al seminario sobre "Problemas de la teoría política contemporá-

tos sobre los nexos entre la sociedad, sus prácticas y el lenguaje, y los procesos discursivos que tienen importantes implicaciones metodológicas y epistemológicas para el análisis político y sociológico. Estos supuestos e implicaciones no han sido considerados en su verdadero alcance;² creemos que es necesario hacerlo en virtud de la notable influencia que ejerce el pensamiento de Laclau en América Latina, influencia fácilmente perceptible en estudios y proyectos de investigación sobre cuestiones de política, movimientos sociales e ideología. Todo enfoque teórico posee su propia fortaleza y debilidad, su ámbito de penetración conceptual y a la vez sus límites de visibilidad. Aquí nos interesa destacar la dimensión controvertida y discutible del proyecto analítico propuesto por Laclau a nivel de sus bases epistemológicas y metodológicas. Es obvio que esta perspectiva no significa desconocer la contribución que ha hecho Laclau en América Latina a la búsqueda de alternativas teóricas y frente a un estéril marxismo ortodoxo en crisis proponiendo líneas de reflexión antirreduccionistas y antidogmáticas que se inspiran en un viraje lingüístico-discursivo del análisis científico-social y en la herencia del pensamiento crítico de Gramsci.

Los siguientes comentarios de reflexión epistemológica y metodológica giran alrededor de dos conceptos centrales del enfoque lingüístico de Laclau: discurso y constitución de lo social. Reconstruyendo la lógica de la argumentación teórico-discursiva tratamos, por un lado, de examinar los supuestos e implicaciones que Laclau mismo no ha contemplado en profundidad; por otro, buscamos los límites y las ambigüedades intrínsecos de este "acercamiento" discursivo que se ponen de manifiesto en relación con cuestiones referidas a la transformación de la política,

nea" organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Oaxaca, abril de 1981.

"Teoría Marxista del Estado: Debate y Perspectivas", en Norbert Lechner (comp.), *Estado y política en América Latina*, Ed. Siglo XXI, México, 1981.

² Existen tres análisis críticos importantes sobre Laclau: Nicos Mouzelis, "Ideology and Class Politics: A Critique of Ernesto Laclau", en *New Left Review*, nr. 112, nov.-dic. de 1978; y Emilio de Ipolá, "Populismo e Ideología" en *Revista Mexicana de Sociología*, nr. 3, 1979. Sin embargo, no abordan específicamente el problema que nos ocupa aquí. El importante capítulo titulado "A Discourse Theoretical Approach" dedicado a la discusión de Laclau y Chantal Mouffe en la obra de Bob Jessop, *The Capitalist State*, New York University Press, New York/London 1982, analiza límites y ambigüedades del enfoque discursivo, pero no aborda en profundidad sus premisas epistemológicas.

a la hegemonía y a la intervención discursiva, la producción de sentido y los sujetos sociales, a la construcción discursiva de lo social, o sea a la identidad entre las prácticas sociales y la producción de sentido.

La necesidad de nuevas alternativas teóricas en las ciencias sociales y, sobre todo, del enfoque discursivo se sustenta para Laclau primeramente en un diagnóstico difícilmente rebatible y creo incontrovertible; es decir, en el reconocimiento de la crisis de los paradigmas sociales y, en especial, del colapso del marxismo clásico en sus diversas corrientes. Se trata del derrumbe de la lógica esencialista y determinista, que dominó al marxismo clásico, y de la enorme insuficiencia de sus instrumentos conceptuales para analizar las transformaciones del mundo contemporáneo. Nos enfrentamos tanto a una crisis teórica como a una crisis política del marxismo que es incapaz de dar cuenta de las nuevas formas de lo político, de los nuevos sujetos y objetos teóricos que han surgido en las transformaciones del siglo xx. Esta crisis lleva a descartar, entre otras cosas, fundamentalmente el reduccionismo clasista como supuesto fundamental de los análisis de la política y la ideología y a poner en cuestión la cientificidad de discurso teórico basado en una lógica esencialista. Según Laclau, la crisis de la teoría marxista consiste en varios aspectos. En primer lugar, la historicidad del todo social es más profunda y compleja de lo que la teoría pudo asumir y prever teórica y políticamente; en segundo lugar, ante la disolución del modelo paradigmático de base-superestructura se abre un ámbito no pensado ni elaborado que ahora es imprescindible construir: la teoría de las articulaciones y de las lógicas sociales, una teoría de la producción de los sujetos sociales, una concepción clara de las ideas de contradicción y antagonismo que nos ayuden a pensar la conflictualidad de nuestras sociedades.³ Para responder a esta crisis teórica y política, Laclau propone reformular el campo de la teoría política a partir del concepto gramsciano de hegemonía que, en cuanto concepto central de la teoría política marxista, sería el eje fundamental de reconstrucción de la teoría para abordar las cuestiones arriba mencionadas. Pero lo distintivo y específico de la argumentación de Laclau no es sólo su insistencia en la problemática de la hegemonía y del desarro-

³ Cf. "Teoría marxista del estado: debates y perspectivas", *Ibid.*, p. 69.

llo de nuevas formas de articulación hegemónica con el fin de construir un modelo alternativo capaz de fundar un proyecto estratégico de política socialista, sino esencialmente la perspectiva de reformular la cuestión de la hegemonía en el contexto de una teoría del discurso. Laclau reconstruye entonces los problemas referidos a las articulaciones hegemónicas, a la producción de nuevos sujetos sociales, a la transformación de la sociedad, etcétera, desde una perspectiva de la construcción discursiva de lo social y de la articulación diferencial de los discursos. Esta alternativa teórica está pues abiertamente inscrita en un enfoque discursivo que es, de acuerdo a Laclau, el resultado sustancial de una gran revolución intelectual cuyo "epicentro" consistiría en una reevaluación del papel del lenguaje en el análisis y la explicación de los procesos sociales.⁴

Laclau plantea así una estrategia de doble fundamentación: hace plausible en la forma más rigurosa la necesidad de elaboración de nuevas alternativas teóricas e intenta fundamentar una teoría política de la hegemonía con un enfoque lingüístico que es presentado como la vía revolucionaria del pensamiento del siglo xx. Sin embargo, la lucidez demostrada en el desmontaje de los obstáculos epistemológicos del marxismo clásico (se entiende, sobre todo, el marxismo de la II y la III Internacional) que impiden por su lógica determinista, la transformación de lo social y lo político, no va acompañada de la suficiente demostración o reflexión conceptual de los supuestos e implicaciones centrales de la perspectiva lingüística aplicada al campo de la teoría política. Por lo menos, es rebatible la idea de que al rechazar la lógica esencialista, quede demostrada la primacía de lo discursivo en cuanto paradigma teórico central y alternativa principal de las ciencias sociales. Esta primacía de lo discursivo y de la constitución de lo social por procesos discursivos es lo que nos interesa ahora analizar con cierto detalle.

La raíz del pensamiento de Laclau puede ubicarse en el proyecto teórico que busca la completa identificación entre lo social y lo discursivo; es decir, en un modelo que trata de

⁴ Cf. *Discurso, hegemonía y política. . .*, y *Tesis acerca de la forma hegemónica de la política*, v. *supra*, nota 1.

explicar la construcción de la sociedad, las prácticas sociales, a partir del lenguaje. Es el lenguaje la dimensión privilegiada que explica la constitución del mundo real. Por otra parte, el discurso sería la matriz del lenguaje. Por discurso debe entenderse el conjunto de fenómenos de la producción social de sentido que constituye una sociedad como tal. Para Laclau lo discursivo como prácticas significantes es el ámbito de constitución de lo real; nada se constituye fuera de él, existe una plena identidad de naturaleza entre la construcción social y el discurso. En virtud de esta primacía absoluta del lenguaje, Laclau sostiene que lo discursivo no es ni un nivel ni una dimensión, sino que es "coextensivo" a lo social y, como tal, la condición misma de toda práctica social.⁵ El concepto de discurso es entendido en un sentido amplio e irrestricto. Discurso no es solamente el "texto" o los "textos", sino toda práctica y producto significativo, cualquiera que sea su contexto o soporte material (el lenguaje estrictamente, las imágenes de diversa naturaleza, etc.). Decisivo e importante para entender el carácter constitutivo del discurso es que como sistema de relación entre objetos conectados por relaciones de sentido, las prácticas significantes en cuanto producción de sentido no se desenvuelven en un contexto de relaciones necesarias. En otras palabras, la producción de sentido no se explica por el contexto o contextos extradiscursivos o no discursivos cuya lógica necesaria y determinista articularía aquélla. No existe una lógica o naturaleza extradiscursiva de la historia que explique las relaciones de sentido establecidas en el discurso que son simple articulaciones diferenciales no determinadas causalmente. Mientras que en el marxismo clásico se trató de fundamentar la transformación del capitalismo y la transición al socialismo en una lógica económica extradiscursiva y determinista, el proyecto marxista apoyado en el enfoque lingüístico, al desechar la teleología y en general las garantías metasociales del desarrollo histórico, reconoce las vicisitudes

⁵ *Ruptura popular y discurso*, p. 1. Es necesario destacar que el análisis del discurso es concebido como análisis de las posibilidades de la lengua en términos de procesos discursivos o sea de articulaciones diferenciales de sentido. Es decir, el análisis del discurso no se mueve estrictamente en la dimensión más abstracta de la lingüística (Saussure, Chomsky, etc.), sino más bien en la dimensión más "pragmática" de la distinción entre base lingüística y procesos discursivos tomada de Pecheux en su obra *Les vérités de la palice*.

de la historia en la producción “contingente” de relaciones de sentido. La estrategia de Laclau es radical y su radicalismo teórico nos remite casi necesariamente a la filosofía de Wittgenstein maduro, al proyecto de una sociología lingüística en Winch y a las tesis lingüísticas del psicoanálisis de Lacan, que sustentan, todas, la prioridad constitutiva del lenguaje. Si no hay objetos, contextos o condiciones extradiscursivas, es decir, realidades irreductibles del lenguaje, es lógico que Laclau se oponga a versiones restringidas de la concepción del discurso. Objeta por ejemplo las posiciones de Foucault y Pecheux porque ellos sostendrían una concepción de lo social como determinado por una materialidad construida al margen de las relaciones de sentido y como una superposición de diversos sistemas de signos, de los cuales el lenguaje sería sólo uno de ellos.⁶

De lo dicho hasta ahora se infiere fácilmente que el problema central implícito en el enfoque de Laclau puede ubicarse en el contexto de dos problemáticas más vasta y complejas que domina una parte sustancial de la reflexión filosófica y científico-social desde Kant y Hegel: la constitución de lo real y la cuestión de la intersubjetividad.⁷ Precisamente una de las alternativas de solución propuestas obedece al “paradigma del lenguaje” desarrollado, sobre todo, en la filosofía tardía de Wittgenstein, en la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y en el estructuralismo de Lévi-Strauss y también en la filosofía del Heidegger maduro, para mencionar las variantes más importantes. Como se sabe, la otra alternativa antitética al paradigma del lenguaje ha sido el “paradigma de solución de problemas” que, elaborado entre otros por John Dewey en la línea del pragmatismo y por Karl Popper, concibe los fenómenos sociales como asuntos del “saber objetivo”.

Abordemos, en primer término, el problema de la constitución en la perspectiva lingüística. El *quid pro quo* reside en la constitución discursiva de la realidad. Laclau afirma que el discurso marxista no puede limitarse a interpretar la realidad, sino que también debe construirla y, así, convertirse en una parte

⁶ *Discurso, hegemonía y política*. . . , p. 7-9, v. *supra*, nota 1.

⁷ Cf. György Markus, “Die Welt menschlicher Objekte. Zur Problematik der Konstitution im Marxismus”, en: Axel Honneth, Urs Jaeggi, *Arbeit-Handlung-Normativität*, Suhrkamp, Frankfurt, 1980.

de dicha realidad, en un modo de constituirla discursivamente.⁸ En efecto, la tesis fundamental de la primacía de lo discursivo sostiene que la realidad histórico-social está construida por y en el discurso, que no hay realidad "al margen de" él y que la realidad es, por lo tanto, el discurso. ¿Qué significa esto? Lo primero que podemos sostener es que la realidad coincide con la producción de sentido de las prácticas discursivas; es decir, el enfoque de la construcción discursiva de lo social disuelve las diferencias cualitativas entre los significados y la materialidad de las condiciones objetivas de la realidad que no son meramente discursivas. Pienso que esto se debe a que el modelo lingüístico de constitución incurre en el mismo error de las pasadas filosofías idealistas (me refiero a la filosofía del idealismo trascendental de Kant a Hegel) de constitución de lo real por la conciencia y el espíritu. Me refiero al error de reducción de lo real a la dimensión de lo discursivo que implica una confusión de serias consecuencias entre los planos cualitativamente distintos: el de la constitución y el de la mediación. La perspectiva central de Marx es que la realidad es constitutiva por la praxis social y que ésta está mediada por el lenguaje y el pensamiento. Por lo tanto, una cosa es que la constitución de lo social esté mediada por el lenguaje porque las prácticas sociales como relaciones de acción intersubjetiva no pueden escapar a la mediación simbólica del lenguaje; otro asunto es que la constitución sea discursiva.

Una alternativa importante a esta problemática está representada en la teoría de la interacción comunicativa de Habermas,⁹ que incorpora esencialmente la dimensión de la mediación lingüística de la realidad social. Para esta teoría, la mediación no significa la absorción de lo real por lo discursivo; más bien contempla la perspectiva de la constitución de lo real a través de la acción comunicativa estableciendo la distancia entre conceptos, discurso y realidad, entre modelos cognoscitivos y mundo social. Las prácticas sociales conforman un contexto extradiscursivo mediado simbólicamente y son indisolubles en la producción de sentido. Por el contrario, tanto la sociología inspirada en la filosofía del lenguaje como en la hermenéutica se someten al presupuesto idealista de que la conciencia articulada lingüísticamente

⁸ *Política como construcción de lo impensable*, p. 5, v. *supra*, nota 1.

⁹ Jürgen Habermas, *Theorie des kommunikativen Handelns*, 2 vols., Suhrkamp, Frankfurt, 1981.

determina el ser material de la praxis de la vida. Al asumir esta premisa, Laclau, en una dimensión ya establecida por Wittgenstein, supone que existe una identidad, unidad y coincidencia entre la constitución discursiva y las prácticas sociales y sus condiciones objetivas. De esta manera, establece una conexión de inmediatez entre la producción de sentido, la comunicación intersubjetiva y la praxis social. Si se borran las diferencias entre lenguaje y realidad, debe sostenerse, inevitablemente, que los hombres actúan como coinciden las cosas y como hablan, con lo cual si cae, también inevitablemente, la disolución lingüística del objeto de las ciencias sociales.¹⁰

Pienso que el enfoque lingüístico desplaza la función de mediación del lenguaje y, por cierto, su función simbólica. Siguiendo a Hegel se podría afirmar, que la función intrínseca del lenguaje consiste en una función simbólica; se trata de una mediación que articula realidades cualitativamente diferentes: el lenguaje es representación en el sentido de que los nombres, conceptos, etcétera, presentan objetos no dados inmediatamente. Los símbolos del lenguaje están mediados por los sujetos del lenguaje. El lenguaje es una estructura de mediación que supone disolución y conservación de las cosas contempladas en los símbolos que las representan y, al mismo tiempo, el distanciamiento de la conciencia frente a sus objetos, de tal forma que los sujetos se vinculan con la realidad a través de los símbolos.¹¹ Finalmente, Hegel no escapa, por su idealismo absoluto, a la lógica de la identidad que reduce la realidad de la naturaleza del mundo histórico y social a los conceptos de la filosofía del espíritu; sin embargo, advirtió que concepto y realidad son irreductibles. En la *Fenomenología del Espíritu* escribió, por ejemplo, que “la libertad en el pensamiento tiene solamente como su verdad al pensamiento puro, verdad que así no aparece llena del contenido de la vida es, por tanto, solamente el concepto de la libertad y no la libertad viva misma, ya que para ella la esencia es solamente el pensamiento en general, la forma como tal, que, al margen de la independencia de las cosas, se ha retrotraído a sí misma”.¹²

¹⁰ Cf. Jürgen Habermas, *Zur Logik der Sozialwissenschaften*, Suhrkamp, Frankfurt, 1970, pp. 222, 235.

¹¹ Hegel, *Jenenser Realphilosophie* (1803); cf. Habermas “Arbeit und Interaktion”, en *Technik und Wissenschaft als Ideologie*, Suhrkamp, Frankfurt, 1968.

¹² Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, FCE, México 1981, p. 123. (Trad. de Wenceslao Roces.)

En otros términos, la materialidad de una práctica o una realidad no es asimilable ni necesariamente corresponde en plenitud a la concepción que tengamos de ella. Así como no hay una línea directa de continuidad, sino de discontinuidad entre conceptos y acción, así tampoco el conjunto de discursos que plasman y orientan las prácticas sociales envuelven y agotan sus motivaciones, objetivos y consecuencias. Laclau supone, en efecto, implícitamente que la producción de sentido determina efectivamente la acción o las prácticas reales, que no hay fisuras ni heterogeneidad o asimetría entre ellas.¹³ Este es un rasgo característico del enfoque lingüístico. Ni Wittgenstein ni Winch pudieron demostrar que las relaciones simbólicas en el contexto de los juegos lingüísticos constituyen al mismo tiempo las relaciones objetivas de la interacción social. El proyecto de Winch de una sociología lingüística revela que esta premisa desemboca en el concepto de Wittgenstein de la conducta social orientada por normas.¹⁴ Es decir, no va más allá de la idea de la validez intersubjetiva de las normas lingüísticas sin poder esclarecer la conexión ante la gramática de los juegos lingüísticos y las formas de vida. Si se concibe, como lo hace Wittgenstein, los juegos de lenguaje como un complejo de lenguaje "y" praxis, parece necesario asumir que el estudio de una lengua debe partir de las formas de su uso y que del funcionamiento de los enunciados deben deducirse los significados de las palabras. El problema sustancial, sin embargo, radica precisamente en el hecho de que el contexto funcional es un juego del lenguaje en el cual los símbolos y las actividades están siempre unidas, supuestamente, bajo el control recíproco de los participantes.¹⁵

En última instancia, la perspectiva de la disolución de las prácticas sociales en el campo discursivo parece suponer una sociedad fuertemente integrada por su lenguaje e ideología, en la cual existe una correspondencia directa entre sus normas y significados discursivos y la interacción social. Es decir, la plena identidad de la construcción de lo social y de la producción de sentido no puede dejar de asociarse con un lenguaje reglamentado

¹³ Cf. Emilio de Ipola, *op. cit.*, p. 943.

¹⁴ Cf. Peter Winch, *The Idea of a Social Science*, Routledge and Kegan Paul Ltd. London, 4 ed. 1965. La obra fundamental de Wittgenstein es, por cierto, las *Philosophische Untersuchungen*, Suhrkamp, Frankfurt 1978.

¹⁵ Cf. Habermas, *Zur Logik der Sozialwissenschaften*, pp. 236-242.

y una intersubjetividad sujeta a la "gramática" vigente. Esta sería una consecuencia extrema en el caso de la vigencia de un lenguaje único y total que articula una sociedad sin fisuras y "unidimensional", en la cual han desaparecido los antagonismos y los conflictos.¹⁶ Esta no es obviamente la concepción de Laclau que insiste más bien con mucha fuerza en la pluralidad de sujetos sociales y de prácticas de sentido, o sea en un campo discursivo articulado hegemonícamente, pero que no excluye la existencia de discursos diferentes y antagónicos. La relatividad de los procesos discursivos es una dimensión fundamental de la constitución discursiva de lo social. Sin embargo, como lo ha señalado Bob Jessop, el enfoque de Laclau admite —a partir de la vigencia de una articulación hegemónica en sociedades construidas sobre la base de la hegemonía— la existencia de un "discurso de los discursos", lo cual sería precisamente el discurso hegemónico que articula los demás discursos.¹⁷ En resumen, la discursividad de lo social planteada por Laclau reproduce las deficiencias del modelo lingüístico manifiestas, por ejemplo, en la versión de Wittgenstein.

Habermas ha puesto de relieve que el idealismo del enfoque lingüístico y también de la filosofía hermenéutica de Gadamer reside en una idealización inadmisibles de la organización lingüística de las relaciones sociales, idealización que presenta tres aspectos esenciales referidos a la interacción mediada lingüísticamente: a) idealización de la consistencia e inteligibilidad de la comunicación cotidiana; b) idealización del ámbito de la comunicación, y c) idealización del carácter de los consensos normativos que subyacen en la interacción social.¹⁸

La concepción ampliada de lo discursivo implica, como hemos señalado ya, una negociación de contextos extra o no discursivos.¹⁹ Las prácticas políticas, económicas, administrativas o

¹⁶ Véase "La crítica del lenguaje en la sociedad unidimensional" en Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Alianza Editorial, Madrid 1978.

¹⁷ Bob Jessop, *op. cit.*, p. 119.

¹⁸ Albrecht Wellmer, "Kommunikation und Emanzipation. Überlegungen zur sprachanalytischen Wende der Kritischen Theorie", en Urs Jaeggi, Axel Honneth (eds.), *Theorie des Historischen Materialismus*, Suhrkamp, Frankfurt 1977, p. 490 ss.

¹⁹ Reconocemos que este término de "contexto extradiscursivo" es insuficiente y desorientador por su ambigüedad. Por él no entendemos realidades "fuera" de relaciones de sentido e interpretación, sino contextos de acción social (procesos de trabajo, relaciones de dominación y violencia) que, mediados discursivamente (la mediación

militares, todas serían para Laclau un conjunto específico de prácticas discursivas de tal manera que en el campo de la política, que Laclau privilegia por ser la forma más alta de la autoconciencia social, la lucha se desarrolla a través de la proliferación y la confrontación de discursos. El contexto de producción de sentido está dado por otros discursos sin que ninguna práctica significativa desborde la inmanencia de la discursividad social. Esta óptica tiene serias implicaciones epistemológicas. La sociedad aparece como un "medium" dúctil que no ofrece resistencia a la constitución de los objetos discursivos y como un ámbito de revisiones discursivas de las concepciones del mundo. Una sociología lingüística se asociaría así por esta vía con una visión decisionista del mundo puesto que no existen condiciones ni límites reales a los procesos discursivos. La historia concreta escondería una virtualidad y potencialidad capaz de ser actualizadas en las prácticas significantes. Así, si todo es discursivo, es pertinente la conclusión de que una lógica general, una matriz universal de sentido, estaría en la base de todas las prácticas sociales en una sociedad y en una época concreta. Sin embargo, Laclau afirma que hay que romper con una concepción idealista del discurso (discurso como "expresión" del pensamiento) y más bien afirmar el carácter material de lo discursivo. No obstante esta aseveración dada la discursividad del campo social no puede evitar una definición tautológica de la materialidad del discurso. En efecto, Laclau sostiene que las mismas propiedades materiales de los objetos en cuanto elementos de un contexto articulado de sentido forman parte del discurso. Estos elementos no están relacionados por algún tipo de necesidad mecánica u ontológica, sino por una relación de sentido diferencial y no necesaria. En otros términos, la materialidad está dada por el contexto significativo, lo cual no deja de ser una tautología.²⁰

La teoría de la acción comunicativa de Habermas, que ha incorporado dimensiones fundamentales de la reflexión lingüística y hermenéutica, nos parece que ofrece una aproximación

simbólica es universal), no implican relaciones de identidad o correspondencia necesaria entre la acción social fáctica y la dimensión discursiva. Esta distinción está a su vez basada en el principio de que el lenguaje —como construcción de sentido del mundo— es representación simbólica (*Darstellung*), lo cual evita disolver los marcos de referencia objetivos y la facticidad de las prácticas sociales en los esquemas discursivos.

²⁰ *Discurso, hegemonía y política*. . . , p. 10, v. *supra*, nota 1.

conceptual más adecuada a la relación del lenguaje con los contextos extradiscursivos de la acción social. Habermas reconoce que el lenguaje es una suerte de "metainstitución" de la cual todas las instituciones sociales dependen de alguna manera en virtud de que la acción social se constituye en la comunicación discursiva del lenguaje cotidiano. Pero esta metainstitución depende a su vez, por lo visto, de los procesos sociales que no desaparecen en los contextos simbólicos y normativos. Habermas destaca que el lenguaje y los procesos discursivos son también un "medium" de la dominación y del poder social, y en cuanto sirven o pueden servir de legitimación de relaciones de violencia organizada, juegan un rol ideológico. Es decir, los procesos discursivos se constituyen en contextos extradiscursivos que son fundamentalmente los de la dominación y los del trabajo. Por ejemplo, transformaciones en las condiciones de reproducción de la vida material están por cierto mediadas lingüísticamente, pero una praxis novedosa no surge sólo como el simple resultado de nuevas concepciones e interpretaciones, sino que también patrones discursivos pueden ser atacados y transformados "desde abajo" por una nueva praxis.²¹ Existe una estructura histórica de mediación del lenguaje, de la dominación y del trabajo, pero ninguno de estos niveles es reducible al otro. Por lo tanto, si la absoluta inmanencia de lo discursivo es, a nuestro criterio, insostenible, es más conveniente reubicar el análisis de los procesos discursivos insertándolos en relaciones objetivas (es decir, irreducibles conceptualmente) de dominación y poder, y prestar atención, como Foucault, a la polivalencia táctica de los discursos que nos pone en guardia contra la significatividad inmanente de los discursos. Los discursos serían entonces elementos o bloques tácticos en un campo de relaciones de fuerza donde pueden cumplir funciones tácticas diversas.²² Esto es importante también en otro sentido. Emilio de Ipola ha advertido acertadamente que, si no existe una significación inmanente de los discursos sociales, el análisis de las ideologías debe partir del reconocimiento de la asimetría entre las condiciones de producción directa y las condiciones de recepción de las ideologías, pues, de lo

²¹ Cf. Habermas, *Zur Logik der Sozialwissenschaften*, p. 288.

²² Michel Foucault, *Historia de la Sexualidad*, Ed. Siglo XXI, México, 1981, p. 124.

contrario, se cae en el error de identificar la producción discursiva con sus efectos.

En el desconocimiento de esta diferencia ubica de Ipoca con razón el principal límite de la teoría de la ideología de Laclau.²³ Si no se estudian estas condiciones de las prácticas discursivas, tampoco se podrían vislumbrar las posibilidades objetivas de la irradiación de los proyectos políticos, de la apertura y receptividad de los sujetos sociales y de su disponibilidad para la lucha por determinadas estrategias políticas. En fin, los discursos deben contemplar ciertas restricciones y determinaciones estructurales extradiscursivas.

Pasemos ahora a analizar brevemente otro rasgo distintivo del modelo discursivo propuesto por Laclau. Si bien éste, como hemos visto, sostiene una concepción ampliada de lo discursivo hemos visto, sostiene una concepción ampliada de lo discursivo que abarca más elementos de lo que por lo común se entiende por discurso, es decir, un "texto" conceptual y sintácticamente formulado ya sea escrito u oral, es el "texto" el núcleo del trabajo analítico de Laclau. Sus estudios sobre el populismo o el fascismo revelan, en efecto, que ideologías o discursos articulados con suficiente consistencia y que poseen una estructura de significaciones más o menos coherente son los objetos teóricos de preferencia. Por otro lado, si el "texto" ocupa este lugar privilegiado, es "lamentable", como advierte Jessop, que el enfoque discursivo "se deslice demasiado fácilmente de una concepción general del discurso como producción de sentido social hacia una particular concentración sobre el discurso ideológico excluyendo los discursos económicos, jurídicos, militares, administrativos y otros para luego poner énfasis en el 'discurso de los discursos' comprendido en la producción de la hegemonía misma". Dados los supuestos idealistas y la centralidad del "texto", no debe extrañarnos la imputación de "logocentrismo" o "reduccionismo textual" que se le hace a la aproximación discursiva de Laclau.²⁴ Este reduccionismo textual lleva a omitir, en el análisis de la política que concibe la lucha política como una proliferación de discursos, el importante nivel institucional de las prácticas sociales. Al conceptualizar los discursos en tér-

²³ Emilio de Ipola, *op. cit.*, p. 943 y ss.

²⁴ Bob Jessop, *op. cit.*, p. 200.

minos puramente ideológicos, se tiende a descuidar el campo institucional de los aparatos políticos, administrativos, etc., en el cual van inscritos y juegan una función ideológica.

Uno de los propósitos teóricos fundamentales de Laclau es contribuir a una teoría de la transformación de la política para lo cual le resulta necesario elaborar una teoría de la emergencia y formación de los sujetos políticos. Como bien advierte Laclau, el punto de vista de las clases es notoriamente insuficiente para responder a los problemas planteados por la multiplicidad de los sujetos sociales y políticos que no pueden ser reducidos a posiciones estructurales de clase, a las cuales se atribuyen también determinadas posiciones ideológicas y políticas. Sin embargo, existe una marcada zona de oscuridad y ambigüedad en torno a la relación que establece Laclau entre la producción discursiva y la producción de sujetos. Laclau afirma que la construcción discursiva constituye el campo de la subjetividad y que lo social como discursivo se desdobra en una teoría de la producción de sujetos en la producción social de sentido.²⁵

Si, así, el discurso es el terreno de constitución de la hegemonía, toda práctica hegemónica constituye a los agentes sociales como sujetos. Esto significa que no hay sujeto fuera del discurso. La dimensión fuerte de este enfoque es que rompe radicalmente con una visión metafísica —también dominante en el marxismo clásico— del sujeto como identidad trascendental y trascendente preconstituida, y que afirma la realidad del sujeto en “plural”; no hay un sujeto único o idéntico, sino sujetos múltiples y fragmentados constituidos en prácticas diferentes y antagónicas. Por lo tanto, tampoco puede haber sujetos con identidad plena y estable, exentos de contradicciones y menos lo será un “sujeto socialista”. No obstante, es clara la tendencia de Laclau a subsumir la constitución de los sujetos en la producción discursiva. ¿Implicaría esto que los discursos o procesos discursivos son una suerte de “metasujetos”? Laclau pone el énfasis en que los discursos producen a los sujetos, pero no aborda la cuestión de los sujetos creativos de los discursos. Es decir, dentro de un espíritu de cuestionamiento de los sujetos que hace absoluto el lenguaje y lo eleva al *status* de metasujeto, Laclau no analiza la dialéctica de las mediaciones de la produc-

²⁵ Cf. *Discurso, hegemonía y política*, p. 1 y *Ruptura popular*, p. 1, v. *supra*, nota 1.

ción discursiva y la constitución de los sujetos. Los procesos discursivos parecen ser procesos anónimos que siguen una lógica discursiva autónoma frente a los sujetos sociales; aunque, por otra parte, Laclau advierte la multiplicidad de estos sujetos en la sociedad contemporánea al referirse a los movimientos sociales como el feminista, ecologista, etc. Esta notoria ambigüedad podría ser sólo superada si se admite que los sujetos sociales que actúan en un contexto de tradiciones culturales y de concepciones del mundo concretas también son sujetos constituyentes y autoconstituidos de sus prácticas y no meros “sujetos” constituidos por las prácticas discursivas. ¿No se esconden en el enfoque de Laclau los restos del althusserismo? Laclau, en efecto, comparte el viraje dado por la semiología que implica una inversión de la relación entre sujeto y significante. El origen del sentido, del significado, no se busca ya donde, por ejemplo, creía encontrarlo la fenomenología —en el autor del discurso, en el individuo que pretende expresarse— sino en el lenguaje mismo.²⁶ Por el otro lado, la mencionada ambigüedad se reproduce a nivel de la perspectiva estructuralista del lenguaje (los sujetos son constituidos en el lenguaje) y de la concepción de la hegemonía (los sujetos múltiples luchan discursivamente por la implantación de un discurso hegemónico; es decir, en términos gramscianos, los sujetos son los que se constituyen políticamente y desarrollan su producción de sentido). Dicho de otra manera, se plantea la ambigüedad entre la tesis de la primacía del discurso y la tesis de la producción de la hegemonía por los sujetos sociales.

Veamos ahora cómo las insuficiencias del modelo discursivo se reproducen necesariamente en la concepción de ideología utilizada por Laclau. Este establece una identificación total entre lo ideológico y lo discursivo de manera tal que la ideología no es otra cosa que la producción misma de sentido. Lo ideológico es —sostiene Laclau— la dimensión significativa de cualquier clase de práctica. Es decir, aquí se emplea un concepto universal y neutral de ideología que elimina la dimensión crítica que posee la concepción de lo ideológico en una de las versiones

²⁶ Vincent Descombes, *Le Même et l'Autre*, Les Éditions de Minuit, París 1979, cap. 3: “La sémiologie”. En efecto, la idea del lenguaje como sistema anónimo e inconsciente, independiente de nuestra voluntad, es el principio fundamental de la lingüística moderna.

más fuertes de Marx y que fue rescatada por la estrategia de la crítica de las ideologías elaborada por la Escuela de Frankfurt.²⁷

Al eliminar la distancia entre lo ideológico y lo discursivo y, por lo tanto, entre las significaciones, motivos, intenciones y las prácticas sociales mismas, el concepto universal y neutral de ideología no permite pensar la asimetría y la discontinuidad entre la dimensión significante y las consecuencias no discursivas y no intencionales de las prácticas sociales. Como existe una coextensión entre la construcción de lo social y la producción discursiva, los procesos ideológicos son asimilados a las prácticas significantes. Por el contrario, un concepto crítico de ideología hace posible pensar la relación contradictoria entre las significaciones y motivaciones implicadas en las prácticas discursivas y los resultados objetivos y no intencionales de los actores sociales. Es decir, el concepto crítico de ideología parte del supuesto de una relación de no-identidad y no-correspondencia necesaria entre el significado subjetivo y el significado objetivo o “verdad no-intencional” (Walter Benjamin) de la acción social. Este horizonte de fragmentariedad y contingencia que se abre aquí constituye el ámbito de posibilidad y necesidad de la crítica de la ideología. Por otro lado, la producción de las ideologías tiene lugar en el contexto de relaciones de dominación. Estas relaciones son productoras de ideologías y son en sí mismas formas específicas de encubrimiento y legitimación de relaciones de fuerza y poder. Por esta razón, y tomando en cuenta que no existe una inmanencia de los discursos sociales, el análisis de las ideologías no puede definir su objeto en términos exclusivamente discursivos. Es decir, debe precisar la “situación del discurso” y estudiar las relaciones de dominación, las funciones precisas de los sujetos de producción y de recepción de las ideologías para conocer el funcionamiento real de los discursos, su “productividad táctica” (los efectos de poder y saber) y su “integración estratégica” (la coyuntura y la relación de fuerzas en los que se utilizan).²⁸

²⁷ Cf. René Antonio Mayorga, “Ideología y Crítica de la Ideología: Reflexiones en torno a una Alternativa Teórica”, en de Ipola, Nun, Mayorga y otros, *América Latina: ideología y cultura*, Ed. FLACSO, San José, Costa Rica, 1982.

²⁸ Foucault, *op. cit.*, p. 124. Véase también el rechazo a los análisis del campo simbólico o del dominio de las estructuras significantes y la necesidad de análisis en términos de genealogía, de relaciones de fuerza y de desarrollos estratégicos en *Microfísica del poder*, ediciones La Piqueta, Madrid, 1978, p. 179.

Laclau tiende a considerar que los efectos ideológicos y políticos están implícitos en la producción discursiva porque su concepción de la ideología gira fundamentalmente en torno a la función de interpelación que para él, siguiendo a Althusser, constituye el eje y principio organizador de toda ideología. De Ipola ha aclarado dónde reside la insuficiencia de esta concepción: en la no distinción de interpelación y constitución de los sujetos y en el supuesto de simetría y coincidencia entre las condiciones de producción y las condiciones de recepción de los discursos.²⁹ Por esta razón, Laclau no hace tampoco ninguna distinción entre la eficacia o efectos de los discursos en cuanto interpelaciones y la verdad y veracidad histórica de estos discursos. Creemos que esto es así porque la visión neutral de lo ideológico no admite una referencia normativa de verdad que permita establecer criterios de análisis que posibiliten la diferenciación entre el éxito pragmático y la verdad contrafáctica de una práctica discursiva y política.

En el contexto de la constitución de lo social, el discurso político-ideológico tiene para Laclau, como habíamos señalado, un lugar privilegiado. Es en la lucha política como proliferación de discursos donde se desenvuelve la conciencia social en su más alto nivel. Importa destacar cómo concibe Laclau esta lucha política. Vista desde la perspectiva lingüística de la cuestión de la hegemonía, el terreno específico de la política es la construcción discursiva propiamente dicha. La política se presenta como lucha de fuerzas antagónicas con articulaciones discursivas orientadas a la constitución de una "matriz" hegemónica de sentido. Ahora bien, basado en algunos casos de "solución" de la cuestión de la hegemonía en países europeos, Laclau sostiene que existen dos formas de constitución de la hegemonía, el transformismo y la ruptura popular. En ambas formas se trata de vías específicas por las que discurrieron las prácticas discursivas. En el primer caso del transformismo (por ejemplo en el régimen liberal británico del siglo XIX), la hegemonía burguesa se constituye integrando los antagonismos y convirtiéndolos en diferencias vía la absorción de las demandas de las masas. La proliferación discursiva burguesa logra articular los discursos democráticos de las masas en un discurso hegemónico en el cual éstos son diferen-

²⁹ Emilio de Ipola, *op. cit.*, p. 943.

cialmente reformulados. En el caso de la ruptura popular (clásicamente el caso francés), los antagonismos se articulan en torno a un sujeto popular complejo que se enfrenta como alternativa contradictoria al Antiguo Régimen. En ambos casos tenemos confrontación de prácticas discursivas que tratan de incidir, invadir y constituir el campo discursivo del adversario.

Parafraseando a Marx, Laclau dirá que no se trata de interpretar el mundo, sino de constituirlo discursivamente; es decir “interrumpir otros discursos, . . . construir nuevos objetos y producir un nuevo dominio de objetos”. Esto implica apropiar y rearticular los elementos del discurso del adversario o interlocutor en un nuevo conjunto de sentido. Si la política es entonces proliferación de producciones de sentido, el método específico de la lucha es la intervención y no la interpretación. Remitiéndose a David Silverman y Brian Torodo, Laclau rechaza enfáticamente el método de la interpretación y afirma que es necesario sustituir la “práctica autoritaria de la interpretación por la práctica democrática de la intervención discursiva”.³⁰ Sorprende esta concepción estrecha y distorsionada del método de la interpretación porque pasa por alto la importante contribución de la hermenéutica contemporánea (me refiero sobre todo a la versión de Hans-Georg Gadamer y a la versión crítica de la hermenéutica en la Escuela de Frankfurt).³¹ Es sorprendente porque precisamente la dimensión discursiva de la construcción de lo social, y la existencia de sujetos múltiples y el carácter abierto y ateleológico de los procesos históricos donde ningún fin ni desarrollo están prestablecidos ni garantizados metasocialmente, parecen requerir el método de la interpretación. La concepción de ésta como visión autoritaria orientada en una lógica de esencia-apariencia que se aproximaría a “otro” texto bajo el presupuesto de la propia e indiscutible verdad del que interpreta, es una

³⁰ “La política como construcción de lo impensable”, p. 6. La obra de Silverman y Torodo es *The Material World. Some Theoris of Languaje and its Limits*, London 1980.

³¹ Hans-Georg Gadamer, *Wahrheit und Methode*, Paul Mohr Verlag, Tübingen 1966; Theodor Adorno, *Zur Metakritik der Erkenntnis-theorie*, Kohlhammer Verlag, Stuttgart 1956; Jürgen Habermas, Hans-Georg Gadamer y otros, *Hermeneutik und Ideologiekritik*, Suhrkamp, Frankfurt 1971; Habermas, *Erkenntnis und Interesse*, Suhrkamp, Frankfurt 1978.

opción y no ciertamente la más fértil. Si se plantea la multidimensionalidad de los significados subjetivos y objetivos de las prácticas sociales, si los sujetos sociales actúan en contextos de tradición, de culturas políticas y de visiones del mundo diversas, la interpretación como recuperación de los sentidos y motivos que los actores sociales atribuyen a su propia praxis es imprescindible. Es una vía de acceso necesaria al estudio de la realidad social y de las prácticas políticas porque la conciencia y la voluntad de los sujetos sociales no son, como Laclau señala, meros resultados de “leyes objetivas” de una “infraestructura” autónoma. Por esta razón, Charles Taylor pone de relieve que la hermenéutica, para ser empleada exitosamente, exige un elevado grado de autoconocimiento, la libertad de ilusiones en el sentido de errores basados en nuestro propio estilo de vida puesto que nuestra incapacidad de comprensión tiene sus raíces en nuestras propias autodefiniciones, por lo tanto, en aquello que somos.³² Por otra parte, la interpretación es imprescindible porque las prácticas sociales y sus productos se desprenden de los sujetos y provocan consecuencias y efectos no intencionales que sobrepasan las intenciones de los actores y los significados atribuidos por éstos a su propia acción. Quizás sea esta autonomía de la acción lo que realmente constituya su dimensión social; y justamente —en virtud de que en el campo de lo social chocan múltiples sujetos— los productos de las prácticas sociales se escapan de nuestro control. Por esto, la dialéctica entre los productos, los resultados de la acción y el propio significado desarrollado por los sujetos es el problema central de la metodología de la interpretación; metodología que, por lo mismo, tiene que ser complementada por un método de explicación causal.³³ Es falso entonces, como hace Laclau, atribuir al método de la interpretación una perspectiva esencialista que concibe al movimiento de la realidad como algo extradiscursivo. Por el contrario, pensamos que el propio método de la intervención discursiva lleva implícita

³² Cf. Charles Taylor, *Explanation and Interpretation in the Science of Man*; cito de la traducción alemana *Erklärung und Interpretation in den Wissenschaften vom Menschen*, Suhrkamp, Frankfurt, 1975, p. 219.

³³ Cf. Paul Ricoeur, “Der Text als Modell: Hermeneutisches Verstehen”, en Hans-Georg Gadamer, Gottfried Boehm, Seminar: *Die Hermeneutik und die Wissenschaften*, Suhrkamp, Frankfurt 1978, p. 99; Jürgen Habermas, *Zur Logik der Sozialwissenschaften*.

una dimensión hermenéutica en virtud de la intersubjetividad de los procesos discursivos y de que no existe, como Laclau dice, un solo discurso y ningún privilegio ontológico atribuible a algún discurso en particular. El carácter democrático de la intervención discursiva está virtualmente ligado a la comprensión de la intersubjetividad y del ámbito discursivo en el que opera.

Haber apuntado las limitaciones y dificultades epistemológicas del modelo discursivo no conlleva, por cierto, una renuencia a los aspectos metodológicos vigorosos que contiene; elementos que resaltan aún más si se restringe su campo de validez rechazando los supuestos rebatibles que tienen que ver con la extensión universal de lo discursivo que exagera y hace absoluto el poder del lenguaje. Así, la perspectiva centralizada en la lógica interna de los discursos ideológicos permite, en efecto, un desmontaje efectivo de su construcción íntima. Aplicado a los discursos dominantes de una sociedad, un análisis de esta naturaleza contribuye a la desmixtificación de sus dimensiones ideológicas y al esclarecimiento del funcionamiento ideológico de una sociedad; más todavía si se trata de sociedades con una alta consistencia ideológica organizadas en torno a estructuras ideológicas hegemónicas. Menos eficacia tendría esta perspectiva analítica cuando se trata de estudiar sociedades con elevada heterogeneidad política e ideológica y de investigar movimientos y luchas sociales en gestación o no articuladas coherentemente con base en discursos con un nivel suficiente de estructuración ideológica, pues en estos casos las prácticas y formas de lucha no tendrían aún una referencia reflexiva y "discursiva" de identidad social y sobrepasarían, en la acción, el ámbito de discursividad alcanzado. Sin embargo, el poder de representación del lenguaje a través de los procesos discursivos de una sociedad no sólo es una condición fundamental de los procesos cognitivos sino también de la praxis política. Históricamente las sociedades atisban sus tendencias y anticipan su futuro en el contexto de proyecciones discursivas que articulan la dinámica y las tensiones de los sujetos sociales. El lenguaje podría ser considerado entonces como una estructura y un poder intelectual de la no objetividad e incluso de la antiobjetividad.³⁴ De acuerdo con

³⁴ Georg Steiner, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y de la traducción*, FCE, México 1980, p. 250.

Ernst Bloch el lenguaje crea, por los modos condicionales y los enunciados antiobjetivos, una “gramática de la renovación incesante”. Bloch insistía por esto en que los razonamientos a partir de suposiciones son legítimos. En el lenguaje se manifestaría plenamente el carácter esencialmente “utópico” de la actividad humana, su permanente “no-ser-todavía”.³⁵ Los procesos discursivos en cuanto producción de sentido estructuran los procesos reales, pero en un contexto fragmentado en el cual nuestras ideas y abstracciones no agotan ni suplantán la misma complejidad de lo real.

³⁵ Cf. Ernst Bloch, *Das Prinzip Hoffnung*, Suhrkamp, Frankfurt, 1959; *Der Geist der Utopie*, Suhrkamp, Frankfurt, 1961.

